

## **2025 Father Joseph Moreno's talk on Stewardship at All Saints' Appreciation Dinner**

### **Charla del padre Joseph Moreno de la corresponsabilidad en la cena de agradecimiento de la Iglesia de Todos los Santos**

Cuando le pregunto a un grupo de católicos a qué parroquia asisten, obtengo una variedad de respuestas. Las palabras que elegimos revelan mucho sobre nuestros sentimientos. Mientras escucho sus respuestas, noto diferentes formas de responder a mi simple pregunta. Dos frases que escucho a menudo cuando pregunto: '¿De qué parroquia vienes?' suelen ser: 'Voy a la Iglesia de Todos los Santos' y, con menos frecuencia, 'Pertenezco a la Iglesia de Todos los Santos'. Estas dos expresiones son similares en significado, pero dicen mucho sobre nosotros. Ir versus pertenecer. Hay una gran diferencia entre ellos, ¿no? Esa diferencia refleja lo que vemos en las parroquias católicas de hoy. Muchas personas que asisten con regularidad o de forma irregular a la Santa Misa caen en el primer grupo. Menos están en el segundo grupo. ¿Cuál es la razón? ¿Por qué es importante esta diferencia?

Desenfrenada, en nuestras parroquias, hay una mentalidad consumista. Influenciados por el paradigma del estilo de vida estadounidense posmoderno y posracional, muchos han llegado a creer que la parroquia existe para servirles y no al revés. Ven a misa como una transacción, como una visita a Taco Bell, Target o la gasolinera: "Me presento todos los domingos (o la mayoría o algunos), les doy algo de dinero (tal vez), me voy y me dejan en paz hasta que vuelva a aparecer". Lo mismo puede decirse de cuántas personas ven los sacramentos: "Lleno algunos formularios, pago la tarifa (nota al margen: no debería haber ninguna tarifa por los sacramentos, pero ese es un tema completamente diferente del que hablar), me doy a mí o a mi hijo el sacramento que exigí, nos sepáramos hasta que necesito el próximo sacramento, o me entierran". Para las personas con esta mentalidad, el centro de la vida de la iglesia es la transacción, el intercambio de bienes y servicios por dinero en efectivo. Lamentablemente, muchas personas en nuestras parroquias las ven a través de esta lente. Con demasiada frecuencia, el párroco debe rogar a la gente que sirva en la misa, proclame las lecturas, lleve la Sagrada Comunión a los enfermos, enseñe la fe a nuestros hijos, acompañe en eventos juveniles, salude a la gente en las puertas y realice cualquier otra serie de ministerios en la parroquia. Deberíamos tener listas de espera de personas dispuestas a compartir su tiempo y talentos en cada uno de estos ministerios y apostolados. Es nuestro llamado universal a la misión de Jesucristo. El párroco no debería tener que rogar a los feligreses que hagan su trabajo, los trabajos que son suyos en virtud de su bautismo. ¿Cómo curamos la mentalidad consumista que, como un cáncer, infecta a nuestras parroquias? Creo que la forma de cambiar el rumbo es fomentar en nuestras parroquias la espiritualidad de la corresponsabilidad. La corresponsabilidad, que se centra y brota de la Sagrada Eucaristía, la misma fuente y cumbre de nuestra fe católica.

En 1992, los obispos de los Estados Unidos publicaron una carta pastoral titulada "La Corresponsabilidad: la respuesta de un discípulo". Fue una invitación de nuestros pastores a seguir a Cristo Jesús, quien se entregó por nosotros. La carta fue escrita para instruir a los fieles: la corresponsabilidad es una forma de vida que empodera, nos ayuda y permite cambiar la manera en que entendemos y vivimos. Para entender la espiritualidad de la corresponsabilidad,

debemos mirar la Sagrada Eucaristía. La Eucaristía es el regalo completo de nuestro Salvador amoroso para nosotros. La espiritualidad de la corresponsabilidad es nuestra respuesta a ese regalo. Los obispos describieron tres puntos principales de enfoque en su carta como parte de nuestra respuesta espiritual al don de Cristo:

Desafío: el discipulado maduro exige una elección consciente por parte del individuo de seguir a Jesucristo, sin importar el costo.

Elección: Hacer este compromiso de seguir a Jesucristo conduce a una forma de vida arraigada en la corresponsabilidad, no solo a una serie de acciones o tareas aisladas.

Visión o resultado: cuando se experimentan los dos primeros, una persona elige seguir a Jesucristo y adopta la corresponsabilidad como forma de vida, lo que conduce a la transformación.

El primer punto focal es el desafío. Cuando escuchamos la palabra "corresponsabilidad", ¿cuál es el primer pensamiento que nos viene a la mente? Sí, solemos pensar en el dinero. Incluso cuando nuestros pastores y miembros del comité de corresponsabilidad nos recuerdan repetidamente que la corresponsabilidad consiste en lo que hacemos con los dones que Dios nos ha dado, todavía nos obsesionamos con la tercera T: el Tesoro. Necesitamos cambiar nuestro pensamiento y aprender a entender la corresponsabilidad como un estilo de vida eucarístico. Se trata de servir a Dios con todo lo que se nos ha dado, ya sea físico o espiritual. Cuando comprendemos este fundamento de la corresponsabilidad, nos damos cuenta de que su significado más amplio consiste en vivir nuestro llamado bautismal. Nuestra unción bautismal nos envía a una misión de servir al Reino de Dios y nuestra Confirmación nos empodera con los dones del Espíritu Santo para cumplirla. Por lo tanto, la corresponsabilidad no se trata simplemente de dar nuestro tiempo, talentos y tesoros. Esos son simplemente los medios para alcanzar el objetivo. La espiritualidad de la corresponsabilidad consiste en convertirnos en un regalo para nosotros mismos. Contrariamente a la idea popular errónea, la corresponsabilidad no es una idea nueva, sino que se remonta al principio. ¡La corresponsabilidad es idea de Dios! Incluso antes de la Caída en el Jardín, Adán y Eva fueron comisionados por Dios para cuidar y cultivar los dones que se les otorgaron (cf. Gn 1,28-29). Se les encomendó la administración de toda la creación.

La palabra Eucaristía significa «corresponsabilidad». En latín, eucaristía proviene del griego eukários, que significa «gratitud» o «acción de gracias». Es apropiado y justo que, después de la consagración de las sagradas especies en la Santa Misa, celebremos un acto de gratitud y acción de gracias: la recepción del regalo de Jesús para nosotros, la Sagrada Eucaristía. La Sagrada Eucaristía es el corazón de nuestra fe. Los catecúmenos y elegidos en nuestras parroquias han estado escuchando y aprendiendo el kerigma, la proclamación de la salvación en Cristo Jesús, en preparación para recibir los sacramentos en Pascua. En el kerigma, proclamamos el doble don de Cristo: primero, asumiendo nuestra naturaleza humana y, luego, ofreciéndose a sí mismo en expiación por nuestros pecados mediante su sacrificio en la cruz. La Eucaristía nos hace real y genuinamente presente el don de Cristo. El don de Jesús de sí mismo debe recibirse con gratitud (y en estado de gracia), pero también como un llamado, un desafío y un ejemplo a imitar.

El segundo punto clave es la elección. Cuando recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Sagrada Eucaristía, el sacerdote o el diácono nos presenta la hostia consagrada y nos desafía: "El Cuerpo de Cristo". Respondemos: "Amén", que en hebreo significa "Sí, es así" o "Sí, creo". Debemos elegir creer. Debemos elegir responder. La respuesta a este regalo está en el corazón de la corresponsabilidad. Reconocemos la Presencia Real del Señor Resucitado en la Eucaristía y luego lo recibimos en cuerpo, sangre, alma y divinidad, con gratitud. Lo que sigue es nuestra respuesta: elegimos compartir primero lo que hemos recibido por amor a Dios y al prójimo. Nuestra experiencia de la Eucaristía proclama la corresponsabilidad. Primero, estamos agradecidos; luego, reconocemos y aceptamos la presencia de nuestro Señor. Lo recibimos a Él; luego compartimos lo que hemos recibido. Este don que recibimos en la Eucaristía es la invitación de Cristo para nosotros. Él nos llama más allá de lo que puede ser cómodo o conveniente. Nos pide que dejemos de lado nuestros horarios, nuestras ideas preconcebidas y la posesión al servicio del amor. Estamos llamados a amar como Dios ama. Nuestra respuesta de imitar a Dios nos lleva a la santidad.

La corresponsabilidad es nuestra respuesta elegida a la gracia del Espíritu Santo y nos mueve de la gracia a la gratitud. Así como amamos porque Dios nos amó primero, también damos porque Dios nos dio primero. El Salmo 116 pregunta: "¿Qué daré al Señor a cambio de todos los beneficios que me ha dado?" Nuestra respuesta a la espiritualidad de la corresponsabilidad se expresa en nuestra liturgia cuando sacerdotes y laicos cantamos juntos en el Diálogo del Prefacio: "El Señor esté contigo / y con tu espíritu. Levanten sus corazones / nosotros los elevamos al Señor. Demos gracias al Señor nuestro Dios / Él es correcto y justo". Es correcto hacer una ofrenda a Dios y a los demás. Es nuestro deber y nuestra salvación responder al llamado de Cristo con acción de gracias.

El tercer y último punto focal es la visión o el resultado. La Eucaristía es transformadora. ¿Con qué frecuencia escuchamos a alguien quejarse de que "no saco nada de ir a misa"? ¿Con qué frecuencia somos nosotros? ¡Ay! Desafortunadamente, tienen todo mal. Estas pobres almas continúan viviendo con un corazón consumista. La verdad es que no venimos a la iglesia para obtener algo, sino para darle todo, todo nuestro ser, a Dios. Venimos a la Santa Misa para unirnos como una ofrenda a Dios, junto con la ofrenda de Cristo de sí mismo. A cambio, recibimos la presencia de Jesucristo en nosotros y somos atraídos a la comunión de la Iglesia. Cuando se recibe con reverencia y en estado de gracia, la vida divina de Dios, que se nos imparte en la Sagrada Eucaristía, nos transforma en lo mismo que recibimos: el Cuerpo de Cristo, un don ofrecido y aceptado por Dios. Por eso, nos referimos a la recepción de la Eucaristía como Sagrada Comunión. Estar en comunión con nuestro Señor Jesucristo y con los demás implica participar en el intercambio mutuo de entrega, iniciado por Cristo y correspondido por nosotros. La Sagrada Comunión es una participación en la vida divina, inspirada en la entrega perfecta y mutua de la Santísima Trinidad.

La Eucaristía es un acto ritual de la espiritualidad de la corresponsabilidad. Sin embargo, la Santa Misa es mucho más que un ritual. Es un encuentro genuino con Dios Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a un nivel profundamente personal. Tal encuentro requiere una respuesta de todo nuestro ser. Lo que experimentamos en la Eucaristía debe reflejarse en nuestra vida diaria. Como discípulos de Jesucristo, debemos estar plenamente comprometidos con Su Iglesia, Su cuerpo.

Demostramos amor por la Iglesia de Cristo mediante actos de caridad y generosidad. Mostramos amor por nuestras parroquias reconociendo una necesidad y luego ofreciendo nuestros talentos para satisfacerla. Devolvemos a Dios las primicias de nuestro tiempo en oración, expresando nuestra gratitud y amor por todo lo que nos ha bendecido. La Eucaristía es el corazón de nuestra vida parroquial. A través de ella, cumplimos con nuestro verdadero llamado como Iglesia. Somos transformados de una comunidad humana natural en el cuerpo sobrenatural de Cristo. Cuando reconocemos que todo lo que somos y hemos sido es un regalo de Dios y lo usamos para Su mayor gloria, Dios obrará en nosotros para transformar nuestros corazones y los de quienes nos rodean. Nos involucraremos más en nuestra familia parroquial, creceremos en el amor por nuestras parroquias, profundizaremos nuestra pasión por la Iglesia y nos acercaremos a Cristo.

A través de la Sagrada Comunión y la Eucaristía, Jesucristo nos saca de nosotros mismos y nos permite abrazar la misión de nuestras parroquias. Cuando llevamos el fuego del amor divino de Dios dentro de nosotros, se nos da el poder de renovar todas las cosas. Al comprender cómo la vida de la corresponsabilidad fluye de la Eucaristía, conectamos la liturgia con la vida, cerrando la brecha entre el regalo amoroso de Jesús en la cruz y los dones de tiempo, talento y tesoro que Dios nos ha prodigado.

Les pido que consideren que la corresponsabilidad implica el uso adecuado de lo que Dios nos ha confiado. El sacrificio de la Eucaristía enfatiza que todo lo que ofrecemos a Dios nos fue dado primero por Él. Cuando le damos a Dios lo que Él ya ha provisto, nuestras primicias en lugar de las sobras, reconocemos que todo lo que poseemos, incluidos nosotros mismos, le pertenece a Él. Nuestros gestos externos de ofrenda apuntan a la realidad más profunda de la entrega interior, la más completa y significativa de nosotros mismos a Dios y a los demás.

La espiritualidad de la corresponsabilidad viviente comienza con cómo nos vemos a nosotros mismos como hijos amados del Dios Altísimo y con lo que hemos recibido de Él. Cuando entendemos quiénes estamos realmente destinados a ser y cómo estamos llamados a vivir, dejamos de ver nuestras acciones e interacciones en nuestras parroquias como transacciones, siempre esperando algo a cambio de lo que damos a regañadientes. Reconocemos que la corresponsabilidad no se trata solo de cuánto dinero donamos; se trata de cómo vivimos nuestro llamado a ser un regalo para los demás y para nuestro Dios, un llamado ejemplificado por la Sagrada Eucaristía. La Eucaristía nos enseña que la naturaleza alcanza su propósito más alto cuando se transforma en un don. Al vivir una forma de vida de corresponsabilidad, una vida eucarística, cumplimos con nuestro llamado superior cuando se nos concede como regalo. Dejamos de simplemente "ir" a nuestras parroquias y comenzamos a "pertener" genuinamente a ellas.